JOSE MARIA HEREDIA: NOVELA Y REALIDAD DE AMERICA LATINA

POR
ANGEL AUGIER
UNEAC

Acababa José María Heredia de escribir, al borde mismo de la imponente catarata, los arrebatados versos de su oda «Niágara» cuando —en carta a su tío Ignacio (1824)— hizo esta confesión de genuina filiación romántica:

Yo no sé qué analogía tiene aquel espectáculo solitario y agreste con mis sentimientos. Me parecía ver en aquel torrente la imagen de mis pasiones y de las borrascas de mi vida. Así, así como los rápidos del Niágara hierve mi corazón en pos de la perfección ideal que en vano busco sobre la tierra. Si mis ideas, como comienzo a temerlo, no son más que quimeras brillantes, hijas del acaloramiento de mi alma buena y sensible, ¿por qué no acabo de despertar de mi sueño? ¡Oh! ¿Cuándo acabará la novela de mi vida para que empiece su realidad?

Pocos meses antes había arribado, a los veinte años de su edad, en el crudo invierno neoyorquino, en los inicios de su destierro, cuya perpetuidad no imaginaba. Sufría las secuelas de sus primeras actividades revolucionarias, y en la soledad del exilio, al repasar su breve pero intensa existencia, sentíase en un punto crítico que no acertaba a definir. En su confesión y en la patética interrogante final se perciben claves de la compleja personalidad del poeta; no sólo como expresión individual, sino también de una nueva sensibilidad del hombre de esta parte de América, enfrentado a sus sueños redentores en una recién estrenada dimensión histórica que le planteaba conflictos nacidos de la cambiante realidad en que estaba inmerso.

Porque nadie como Heredia, entonces, pudo haberse impregnado «de la grandeza de su tiempo —como señalara Martí—, donde cantaba Byron y peleaban Napoleón y Bolívar». De la epopeya bolivariana le tocó en

suerte ser testigo excepcional durante todo un dramático lustre, precisamente el de su paso de la infancia a la adolescencia. Aun desde la difícil posición que ocupara durante la contienda el infortunado oidor de la Audiencia de Caracas, que era su padre, y a través de la rectitud de éste, pudo Heredia percatarse (en la cruenta pugna histórica que se libraba en Venezuela, repetida inmediatamente después en México) de qué lado estaba la justicia.

Pudiera afirmarse que el énfasis en las disciplinas humanísticas que puso el padre al atender desde temprano, personalmente, a la educación de su primogénito tuvo sólido respaldo en los detalles de la Ilustración, que regían la conducta del magistrado José Francisco Heredia: los sagrados derechos del hombre, la sagrada libertad, Rousseau, los enciclopedistas... (Recuérdense aquellos versos que el hijo tituló «A mi padre, en sus días»: «Amor a todos los hombres, / temor a Dios me inspiraste, / odio a la atroz tiranía / y a las intrigas infames.»)

Acabaron de moldear la dúctil arcilla, el soplo vigoroso de la emancipación americana con su cálido aliento romántico, tan acorde con el ardor del temperamento del adolescente, y el rudo contraste entre los patriotas que enarbolaban la bandera de la independencia y los sanguinarios caudillos militares que se les oponían a nombre de España —Monteverde, Boves—, anatematizados en las primicias del bisoño poeta.

En Heredia es transparente el proceso de transición desde la mentalidad liberal española formada por la severidad del juez criollo hasta la plena asunción de la identidad americana que impuso la terca voluntad de la historia. «Al brillar mi razón, su amor primero / fue la sublime dignidad del hombre», proclama con firmeza cuando indaga en el origen de su amor vitalicio por la libertad. Y no soporta la visión ni el recuerdo de la esclavitud, que «emponzoña la atmósfera» de su tierra natal con «el gemido del esclavo infeliz», «el crujir execrable» del azote y «el clamor insolente» del tirano.

Su lira apenas balbucea, y ya se empina con las notas de su «Canción en la abolición del comercio de negros»; cuando censura, por la misma época, el «Abuso de la navegación», lo mueve la misma ira contra ese vil comercio y exhorta: «Llevedle vuestras luces en buena hora, / mas no la esclavitud, mas no la muerte.» En la restauración constitucional de 1820, aún en México, al calor de su padre y mentor, dirige a éste aquella conmovedora misiva sobre los encendidos versos de «España libre», inspirados por los sucesos que dieran lugar al forzoso y fugaz apogeo de la Constitución de 1812:

... arrebatado al solo nombre de libertad, cuando perdía la esperanza de volver a ver a mi patria sacudiendo el ignominioso yugo de sus tiranos, acaso desfugué mi odio hacia la esclavitud con algunas composiciones... Sí, padre mío: no es ésta la primera vez que encendido en el amor de mi patria le dirijo mis ecos. Al verla gemir bajo el maldito azote de la tiranía, me sentí mil veces arrebatado de un extraño furor y en lo más escondido de mis delirios la vi correr al campo de la gloria, sacudir el yugo de los opresores y fijar para siempre los cimientos de su libertad al eco sólo de mi voz que la reanimaba... Escuche usted, pues, los acentos que salen de mi corazón y no de mi lengua en honor de una nación y unos ciudadanos que usted tanto venera. ¡Ojalá algún día, llevado de mis patrióticos sentimientos y de los sabios consejos de usted, pueda tributarle como testimonio de mi sincera gratitud, en lugar de empalagosos y estériles himnos, los honrosos y sagrados servicios del ciudadano.

Todavía, para Heredia, «la patria» es España, una patria ilusoria que no encontraba raíces en su corazón, como las encontraba su amor a la libertad y a la dignidad humana. Pocos meses después de aquella carta falleció el preocupado funcionario del foro colonial; no resistió más tiempo los quebrantos de su salud bajo las presiones públicas a que estaba sometido, que en México no eran menores ni distintas que las enfrentadas antes en Venezuela. Ya entonces la prolongada lucha de los patriotas mexicanos contra el dominio español estaba decidida a favor de la independencia.

Simultáneamente con el poderoso acontecer de que era testigo el joven Heredia —envuelto en ideales de redención y en legendarios rasgos de heroísmo—, otros factores contribuían a configurar su conciencia: la presencia de la singular naturaleza de su tierra nativa y de las otras tierras del hemisferio donde habían transcurrido sus primeros años y la evocación del pasado que el paisaje le inspiraba, como si no pudiera concebirlo sin el hombre que lo pobló y cultivó en otros tiempos. Aún frescas las lágrimas por la pérdida del padre amoroso, escribió el adolescente, durante los últimos días de su primera mansión mexicana, uno de los poemas de mayor aliento lírico de la literatura hispanoamericana, «En el teocalli de Cholula», donde el paisaje toma sus más puros relieves:

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban
los aztecas valientes! En su seno
en una estrecha zona concentrados,
con asombro se ven todos los climas
que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos
cubren a par de las doradas mieses
las cañas deliciosas. El naranjo
y la piña y el plátano sonante,

hijos del suelo equinoccial, se mezclan
 a la frondosa vid, al pino agreste,
 y de Minerva el árbol majestuoso.
 Nieve eternal corona las cabezas
 de Iztaccíhuatl purísimo, Orizaba
 y Popocatepetl, sin que el invierno
 toque jamás con destructora mano
 los campos fertilísimos, do ledo
 los mira el indio en púrpura ligera
 y oro teñirse, reflejando el brillo
 del sol en occidente, que sereno
 en yelo eterno y perennal verdura
 a torrentes vertió su luz dorada,
 y vio a Naturaleza conmovida
 con su dulce hervir en vida.

En síntesis asombrosa, el poeta logra apresar las notas dominantes del paisaje hasta identificarse con él en la solemne hora del crepúsculo, tan plenamente y con tal fuerza evocadora, que presente y pasado se acoplan en impresionante transposición del tiempo para mostrar, en el mismo centro de su meditación, hasta qué punto se confunden los fenómenos naturales e históricos de Iberoamérica.

Cuando por aquellos mismos días dedica «Al sol» un exultante canto de luz y de vida, no deja de advertir al «rey de los astros» que en el Cuzco «los incas y su pueblo [lo] acataban», «aquel pueblo de hermanos / alzaba a [él] sus inocentes manos», para, al final, reprocharle su indiferencia ante la tragedia que había sido la conquista española:

... ¡Oh sol! Tú viste
 a tu pueblo inocente
 bajo el hierro inclemente
 como pálida mies morir segado.
 Vanamente sus ojos moribundos
 por venganza o favor a ti se alzaban:
 tú los desatendías,
 y tu carrera eterna proseguías,
 sangrientos y yertos espiraban.

Un recóndito sentido de la autoctonía americana anima esa evocación, a la que vuelve en otras composiciones, particularmente en una donde, además, ya prefigura la distinción que varias décadas más tarde formulará José Martí entre la América latina y la sajona: al referirse Heredia al triunfo sobre el despotismo, logrado en otras regiones del orbe, exclama: «¡Ah!

¡Llegue a *nuestra América* infelice / tanto, tan grande bien!» Es en el poema «Las sombras», las de los monarcas indígenas que enfrentaron la invasión de los conquistadores españoles y perecieron en la lucha, donde, como en un vasto anfiteatro continental, dialogan las sombras majestuosas de Moctezuma, Guatimozín, Atahualpa, Manco Cápac, Túpac-Amaru, Guaycaypuro y Taramayna. El eco de sus voces son «clamores de venganza» alzados «al cielo vengador de la inocencia». [Es significativo que al publicar el poema «Las sombras», precediéndolo de una nota dando a su autor la bienvenida a la capital mexicana, la *Gaceta de México* (23 de octubre de 1825) afirmara que por este poema «se conocerá que Heredia es el poeta de la libertad del Nuevo Mundo. Joven como la América, hace sentir el vigor de su edad y la tremenda voz de la venganza».]

Tan aguzada sensibilidad americana, en la que concurren los diversos factores apuntados hasta ahora, fue concentrada por Heredia en su isla natal, Cuba; no obstante, la circunstancia de que desde el primer desplazamiento del magistrado Heredia con su familia, en 1806, la Isla no fue para su vástago sino un punto de tránsito hacia otras tierras del arco del Caribe: Santo Domingo, Venezuela, México. Cuando a la muerte del padre en este último país regresa el poeta a La Habana a principios de 1821, de los diecisiete de su edad acabados de cumplir apenas unos cuatro años en conjunto había permanecido en su suelo natal en breves temporadas sucesivas.

Sin embargo, una secreta fuerza telúrica le ata a la Isla de su primera luz, que él supo definir: «El sol terrible de mi ardiente patria / ha derramado en mi alma borrasca / su fuego abrasador.» Esa marca imborrable le hizo susceptible de percibir tanto los latidos de la naturaleza isleña en su intimidad y su esplendor como los del espíritu de su pueblo. Los fugaces encuentros con su tierra desde la primera temprana ausencia, en vez de provocar el desarraigo, lo fundieron más a sus raíces por obra del sueño y la nostalgia por la magia de la poesía. Fue la concreción de su pasión americana y de su angustia por el destino del hombre.

En Cuba despertó Heredia al sentimiento amoroso, y ello es un vínculo emotivo más con la patria. En la ausencia, el enamorado adolescente enlaza el recuerdo de la amada a la naturaleza cubana, a los días brillantes y a las noches criollas que fueron testigos de su efímera dicha. Añora la luz que iluminó sus ilusiones y suspira por ella: «¡Oh! ¡Cómo palpitante saludara / las dulces costas de la patria mía, / al ver pintada su distante sombra / en el tranquilo mar del mediodía. / ... / Hermoso cielo de mi hermosa patria, / ¿no tornaré yo a verte?» El sol y la palma que adorna la campiña criolla están en la que ama: «Veré en el sol tus refulgentes ojos; / en la gallarda palma, la elegancia / de tu talle gentil.» Pero le atormenta el brutal

contraste entre «la belleza del físico mundo» y «los horrores del mundo moral». En su tierra goza de la luz, de la vegetación, pero no tolera la visión de la injusticia:

... De mi patria
bajo el hermoso y desnublado cielo
no pude resolverme a ser esclavo,
ni consentir que todo en la Natura
fuese noble y feliz, menos el hombre.

Ya en Cuba, en regreso que soñaba definitivo, librado a su propia voluntad, Heredia se integró a un magno fenómeno de cristalización del espíritu de nacionalidad, en el preciso instante en que con más vigor repercutían en la Isla los acontecimientos que en España y sus antiguas posesiones estremecían todo el andamiaje de la colonia. El hecho político de la apertura constitucional fue un incentivo al auge de las letras y de las ideas de renovación. En el breve período de la libertad de imprenta estallaron de consuno los ímpetus revolucionarios largamente reprimidos y las vocaciones literarias carentes hasta entonces de los adecuados medios de difusión. En aquella atmósfera de inquietudes políticas y literarias de las nuevas generaciones criollas, Heredia desarrolló desde su llegada una actividad intelectual de gran intensidad. Obtuvo el grado de bachiller en leyes y prosiguió hasta terminar la licenciatura en abogacía. Fundó la revista *Biblioteca de las Damas*, de vida efímera, y colaboró con frecuencia en muchas de las publicaciones de La Habana y Matanzas, que la libertad de imprenta había hecho proliferar. Ya poseía cultura y personalidad literarias superiores a las de la mayoría de quienes cultivaban las letras en la Isla, por lo que fue acogido con entusiasmo en el círculo que comenzaba a animar Domingo del Monte, de tan saludable influencia en el desarrollo de la cultura cubana. En este círculo, el poeta estrechó amistad con revolucionarios sudamericanos residentes en La Habana, como el ecuatoriano Vicente Rocafuerte, el colombiano José Fernández Madrid y el argentino José Antonio Miralla. Es natural que estas relaciones ampliaran los horizontes políticos del joven escritor y consolidaran su concepción americanista.

A la sombra del movimiento constitucional se debatían entonces en Cuba las cada vez más hondas contradicciones ideológicas y de intereses entre criollos y peninsulares. Mientras los reformistas polemizaban con los integristas y los constitucionalistas con los absolutistas —a veces en términos de violencia física—, las ideas de independencia se abrían paso al estímulo de la ingente contienda bolivariana. La juventud de Cuba era ganada por esa epopeya y sus románticas resonancias, mientras en la esfera de la confusa política colonial se elegían diputados cubanos a Cortes con

el triunfo de las corrientes liberales del pensamiento cubano, representadas por el presbítero Félix Varela —quien había creado la cátedra de Constitución en el Seminario San Carlos—, Leonardo Santos Suárez y Tomás Gener.

Es lógico que Heredia, al punto, entrara de lleno en el «torbellino revolucionario», al que más adelante habría de hacer alusión. En Matanzas, donde se había acogido al amparo de su tío Ignacio de Heredia, se juramentó en la logia Caballeros Racionales, una de las ramas del movimiento Soles y Rayos de Bolívar, estructurado según normas de la masonería. El impulso independentista de los cubanos contaba así con un vínculo directo a la revolución sudamericana. Al crearse oficialmente la Milicia Nacional para defender la Constitución, Heredia también ingresó en ella, como muchos otros jóvenes cubanos, seguramente con el propósito de aprovechar la organización e instrucción militares en las futuras acciones revolucionarias.

Con la línea de continuidad en el desarrollo de sus convicciones políticas, se registró en el joven poeta una sostenida evolución de sus ideas estéticas más acordes con la época y con su temperamento, esencialmente románticos. Ya se sabe cómo su obra primigenia está determinada por la escuela salmantina, en particular por la poesía de Nicasio Álvarez de Cienfuegos, de quien fue tributario. Pero las profundas transformaciones que al pensamiento y la sensibilidad de Heredia impuso la intensa presión del momento revolucionario en Cuba, y con mayor énfasis en nuestra América, exacerbaron su vehemente pasión por la libertad y su impulso expresivo, al punto de aportar entonces con su verso ardiente las primeras notas del romanticismo en la literatura de lengua española, asomadas ya en composiciones suyas de tema amoroso y en las que recogen su visión conmovida de la naturaleza.

El ámbito del romanticismo en que lo sitúa su tiempo histórico y su temperamento apasionado le hace desbordarse con ímpetus de torrente en la expresión poética de su afán de acción revolucionaria. Se solidariza con las luchas por la independencia de pueblos lejanos en la geografía y asocia sus luchas con la que el suyo debe emprender sin demora: es su manera de disimular en analogías contemporáneas la incitación al combate armado contra la opresión extranjera de su patria, lo que asoma en el poema «A la insurrección de la Grecia en 1820». En la inflamada arenga, el poeta vislumbra un futuro de libertad para Cuba como parte integral de nuestra América después de transportarse «a los siglos futuros» y vivir en el porvenir «como un espectro del sepulcro en el borde suspendido», donde divisa lo que tanto anhela:

... miro a mi patria,
a la risueña Cuba, que la frente
eleva al mar de palmas coronada,
por los mares de América tendiendo
su gloria y su poder: miro a la Grecia
lanzar a los tiranos indignada...

También llama a las armas por la libertad en su «Oda a los habitantes de Anáhuac», que calificaría de «apóstrofe a los mexicanos» contra la tiranía de Iturbide (1822): «Jurad en los altares de la patria / ser libres o morir; las fuertes manos / contra el tirano vil la espada empuñe», exhorta, y es transparente la intención de extender la excitativa a sus compatriotas.

En romántico arrebato, el soñador Heredia traza un idílico cuadro del futuro —de México, de América Latina— bajo el reinado de la libertad conquistada, y no deja de ser utópica la aspiración de las que llamaría después sus «brillantes quimeras»:

... Al pueblo abiertas
serán las fuentes del saber: no en vano
los surcos regará que abrió su mano
con el sudor de su angustiada frente
al rústico infeliz...

... el fruto anhelado de su campo
dividirá con su feliz familia
el indio laborioso, sin que impío
se lo arrebate el exactor malvado
para que muestre de esplendor cercado
un inútil señor su poderío,
mientras de hijuelos pálidos la turba
se apila en torno del desnudo padre,
y el hambre enfurecida los devora.
De libertad bajo el feliz reinado
en paz respirará: libre y contento,
de su afán esperando el fruto ansiado,
con faz serena y venturoso acento,
el suelo con la reja desgarrando,
junto a sus bueyes marchará cantando.

Parece evidente que el poeta sabe en su conciencia que también sus versos son armas en la lucha, en aquella atmósfera de extrema agitación de los meses iniciales de 1823, cuando el conflicto entre criollos y peninsulares desembocaba en graves incidentes, en tanto que en España se desarrollaba un episodio más de su dramática histórica: la invasión francesa

de «los cien mil hijos de San Luis», propiciada por la reaccionaria Santa Alianza para liquidar el gobierno constitucional y restituir al absolutista de Fernando VII, cuyas consecuencias no tardarían en repercutir en Cuba.

Cuando el 6 de agosto de 1823 apareció en *El Revisor Político y Literario*, de La Habana, el poema de Heredia dedicado a la lucha del pueblo griego, las tensiones se habían agudizado en la Isla y la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar llegaba a momentos decisivos. Pero ya las autoridades españolas estaban al cabo de los hilos del movimiento revolucionario, y a mediados del mismo mes comenzó la ofensiva con el apresamiento de los jefes de la conspiración. Al dictarse en noviembre auto de prisión contra él, Heredia pudo rehuir a tiempo la orden judicial refugiándose en casa amiga, en Matanzas, hasta embarcar clandestinamente en un bergantín norteamericano surto en puerto, que arribaría a Boston el 4 de diciembre.

De repente, un brusco vuelco del destino le hacía iniciar un nuevo capítulo en la novela de su vida. Empezaba su largo destierro el frustrado combatiente por la independencia de Cuba.

Frustración y desencanto rezuma el poema que precediera a su partida, «La estrella de Cuba», con el que da comienzo a la poesía revolucionaria cubana. En el poema, el dolor del fracaso alcanza diapasón tan alto, intensidad tan vehemente, que su fuerza admonitoria quedó vibrando en el tiempo para dar aliento a futuras batallas. El poeta se lamenta de que «la estrella eclipsada / por un siglo de horror queda ya», y advierte que «si un pueblo su dura cadena / no se atreve a romper con sus manos, / bien le es fácil mudar de tiranos, / pero nunca ser libre podrá».

Indignado, apostrofa y fulmina a diestra y siniestra por el fracaso del movimiento revolucionario cuando parecía que «la estrella de Cuba se alzaba / más ardiente y serena que el sol». Pero la estrella en modo alguno quedó eclipsada, y desde los versos en que él la hizo despuntar entonces quedó fija como símbolo del impetuoso anhelo de libertad del pueblo cubano, hasta resplandecer en el rojo triángulo de la bandera nacional (como en el escudo replandece otro de los símbolos de cubanía que Heredia cantó: la palma). En aquel poema, además, ya se formula una decisión que sería escrita con sangre en el himno de la patria por los combatientes bayameses, que casi medio siglo después iniciaron las guerras por la independencia: la decisión de que «morir por la patria es vivir».

Fue difícil para Heredia el súbito extrañamiento en país con hábitos, tradiciones, psicología y clima diametralmente diferentes a los de su origen y con un idioma del que sólo nociones poseía, cuya fonética le resultaba ingrata, áspera. La correspondencia de entonces a sus familiares permite

seguir con asombrosa cercanía sus itinerarios de viaje —desde su residencia en Nueva York— tanto como sus estados de ánimo.

Precisamente la confesión y la interrogante con que abrimos este acercamiento al poeta nos revela uno de sus instantes críticos cuando, agobiado por los embates del despiadado invierno sobre su débil constitución física y de la aterida soledad de su desamparado corazón, pone en duda la realización de sus sueños de redención humana. Sin plena conciencia de ello, su sensibilidad latinoamericana es la que sangra por esa herida. En tal reacción personal ante la compleja situación conflictiva está patente la expresión del nuevo hombre «nuestramericano», que enfrenta las dificultades y vicisitudes de su afán transformador de la historia de su mundo y tiene la certidumbre de que su ida es una novela que precisa convertirse en realidad.

No obstante las circunstancias adversas, es indudable que la permanencia de Heredia en los Estados Unidos —prolongada durante un año y cerca de nueve meses— constituyó una rica experiencia. Además de dilatar los horizontes de su cultura —que no eran demasiado estrechos—, fortaleció su posición ideológica con el trato de relevantes compatriotas exiliados, como él, principalmente Félix Varela, con quien coincidió en el planteamiento de la independencia como única solución valedera del problema nacional de Cuba, cuando los demás ideólogos de la burguesía cubana se mantenían entre el reformismo y la anexión a los Estados Unidos. La añoranza de la patria y de su sol está presente en cuanto escribe entonces, pero también el recuerdo de la opresión y la injusticia. Cuando en otra carta familiar describe su visita al lago Erie, expresa:

Las orillas del canal estaban cubiertas de flores, y los campos vecinos desplegaban en su vegetación todo el lujo de junio. A la vez de mirarlos con placer, no sentía la mano de hierro que apretara mi corazón en los campos de Cuba cuando me acordaba que su riqueza venía del sudor, de la sangre tal vez de tantos miserables esclavos.

No escribía Heredia desde el sur esclavista, es cierto; pero parecía olvidar que las riquezas del norte tenían un origen igual que las de Cuba.

Heredia, desde los Estados Unidos, pudo apreciar, asimismo, con más precisión y mejor perspectiva, la hazaña histórica de la independencia latinoamericana. Cuando su madre le envía una copia de las *Memorias de las revoluciones en Venezuela*, escritas por su padre, para que gestione su edición en Nueva York, fueron justas sus consideraciones para aplazar el momento de publicarlas:

Las circunstancias han variado de seis meses acá. La lucha de la independencia se ha concluido, y lo que antes parecía sólo una guerra interminable de desolación, se ha convertido en una revolución que muda la faz del mundo. La Inglaterra, la Holanda, la Suecia, los Estados Unidos han inscrito ya en su catálogo de naciones a las que ahora cinco años después eran sólo una turba de rebeldes. Bolívar, que a los ojos de mi padre no pudo parecer sino un faccioso obstinado, es hoy el dios tutelar de América. El Perú, Santa Fe, Quito, Venezuela, una octava parte del mundo, le debe la existencia, ceden gustosos al ascendiente de su genio y le miran como un ente posible entre el hombre y la divinidad. Su nombre se pronuncia con respeto en toda Europa y es el más bello que presenta la historia de su siglo. Todos los nombres ilustres de legisladores se han oscurecido delante de su gigantesca elevación. Mi papá, por desgracia, tuvo el desconsuelo de no ver sino la parte oscura y sangrienta del cuadro, y la muerte le arrebató antes de que se alzara, como se ha alzado ya, el velo que cubría todo el resplandor de su gloria.

(Dos años después escribiría Heredia su oda «A Bolívar»: «Y de tu siglo al recorrer la historia / las razas venideras / con estupor profundo / tu genio admirarán, tu ardor triunfante, / viéndote sostener, sublime Atlante, / la independencia y libertad de un mundo».)

El acontecimiento más relevante de la estancia norteamericana de Heredia fue la primera edición de sus *Poesías* (Nueva York, 1825), que contribuyó al reconocimiento general de su genio poético a pocos meses de su vigésimo primer cumpleaños. En el orden de la creación poética, esa etapa registra, además, sucesos significativos como la oda «Niágara», donde el poder descriptivo herediano y el fuego de su inspiración encontraron el vehículo idóneo, y sus traducciones del falso Osián, las primeras aparecidas en español en verso. Por otra parte, tuvo acceso a un mejor conocimiento, en extensión y profundidad, de los grandes poetas románticos contemporáneos, en especial lord Byron, lo cual llevó a su poesía un soplo vigoroso acorde con su alma inconforme y combativa y con la época turbulenta en que se inscribió su vida.

En cambio, para la sensibilidad cubana —y americana—, lo más profundo y perdurable de aquella etapa creadora radica en el puñado de composiciones donde Heredia logró condensar los sentimientos y las aspiraciones históricas de su pueblo con tanto vigor patriótico y tal aliento poético, que quedaron fijados para siempre como genuina plasmación del espíritu nacional. Son ellas la tituladas «A Emilia», «Proyecto», «Himno del desterrado» y «Vuelta al Sur». Las dos primeras fueron escritas en Nueva York y las otras durante la travesía marítima desde aquel puerto hasta las costas mexicanas en septiembre de 1825.

Al emprender el viaje, pudo decir: «A tus yelos adiós, norte triste», y

saludar el «cielo del sur delicioso», cuyo sol le diera la vida. Gestiones fraternales habían propiciado que el primer presidente de la República de México, Guadalupe Victoria, invitase al cubano a trasladarse a aquella nación recién nacida al sistema democrático luego de tormentosos avatares políticos. Era para Heredia, a la vez, el encuentro con el nuevo sol de la independencia latinoamericana, cuyos resplandores ansiaba ver reflejados en su patria esclava. Por aquellos años, el gobierno liberal de Victoria apoyaba las gestiones de una Junta Promotora de la Libertad Cubana constituida en México.

Sin abandonar los nexos sentimentales con Cuba ni la constante evocación de la patria añorada, Heredia se vinculó de inmediato a la vida pública del país hermano en aquella convulsa etapa inicial de la República. En aquel territorio vastísimo de la América continental iba a discurrir el resto de su existencia de perpetuo desterrado, mientras la fama de su obra poética resababa los límites del Nuevo Mundo.

La poesía herediana de este último período, si ganó madurez y profundidad —sobre todo en su cosmovisión de los grandes temas de nuestra América—, perdió ímpetu y frescura, debatiéndose entre los rezagos de la escuela salmantina y los impulsos latentes de su innato romanticismo. En Toluca, donde entonces era ministro de la Audiencia de México, publicó en 1832 la segunda edición de sus *Poesías*.

Casado con mexicana y con prole mexicana, Heredia ofrendó a su patria de adopción todos los entusiasmos de su juventud. Aunque se le dispensaron honores, distinciones y reconocimientos a sus méritos y servicios, sufrió no pocos agravios, incomprensiones y dificultades en las frecuentes alternativas de libertad y tiranía que caracterizaron el proceso político mexicano de la época, determinada por la pugna cruenta entre los liberales de las logias «yorkinas» y los reaccionarios del «rito escocés», aparte de los graves conflictos suscitados por ambiciosos caudillos e interesadas facciones.

Desde las tribunas parlamentaria, judicial, académica y las periodísticas de que dispuso, y a través de sus obras poéticas y dramáticas, no cesó el ciudadano Heredia de luchar por las aspiraciones del nuevo hombre de nuestra América a un modo de vida regido por la libertad y la justicia, ni tampoco de combatir actitudes, hábitos y pragmáticas lesivos a los ideales de la revolución emancipadora.

En todo momento se sintió latinoamericano integral, con visión de lo que significaba la independencia para cada uno y para todos los pueblos latinoamericanos en el ámbito mundial. En una de las alocuciones que pronunciara en diversos aniversarios del Grito de Dolores expresa este pensamiento:

Nuestra misión es augusta y sublime. El mundo fija en América libre los ojos ansiosos de esperanzas y debemos a la libertad del género humano la voz elocuente de nuestro ejemplo. Pero si en vez de paz, seguridad y abundancia le presentamos facciones, guerra civil, terror y miseria, seremos la irrisión de los déspotas y mereceremos las maldiciones de la tierra en que nuestra insensatez afirmará para siempre la tiranía...

La suya era, sin duda, la concepción bolivariana de nuestra América y de su revolución, retomada por José Martí años después, y la convicción de que la obra emancipadora no debía frustrarse por la anteposición de intereses personales o de grupo a los intereses de la nación. El noble luchador aún confiaba en la realización de los ideales republicanos. En la ocasión antes mencionada, en la conmemoración del Grito de Dolores, así impetró al Popocatepetl:

¡Volcán, escucha el voto que parte de mis labios al trono de la omnipotencia! ¡Que la independencia y libertad, obra de Hidalgo y de sus ilustres compañeros, se conserven puras como la nieve que te corona por tanto tiempo al menos como haya de existir tu mole eterna!

El fervoroso ruego se perdió en el vacío. Dijo en carta a un amigo en 1834: «Ya no es posible que un hombre de bien viva tranquilo en este desgraciado país. Las revoluciones se suceden unas a otras con tal rapidez, que sólo vivimos en un torbellino de angustia y temores.» Sobre este desencanto del poeta, Martí diagnosticaría: «Al ver Heredia criminal a la libertad, y ambiciosa como la tiranía, se cubrió el rostro con la capa de tempestad, y comenzó a morir.»

También las dos epístolas «Al ciudadano Andrés Quintana Roo» y el poema «Desengaños» expresan su desilusión y explican, en cierto modo, su solicitud de permiso para visitar a la madre en Matanzas hecha al capitán general de Cuba al precio de abjurar de sus ideales. «El poeta —volvemos a citar a Martí— había tenido valor para todo menos para morir sin volver a ver a su madre y a sus palmas.»

El estado depresivo que lo abatía se agravó al regresar a México ante la agudización de los problemas políticos generales y de los suyos propios. Enfermo, pobre, desvalido, aparentemente con más años que los treinta y cinco recién cumplidos, dejó de existir el 7 de mayo de 1839. Había afirmado en «Desengaños»: «De mi azarosa vida la novela / termina en brazos de mi dulce esposa.»

Está al cumplirse el sesquicentenario de la fecha en que terminó aquella noble vida. Podemos resumirla diciendo que Heredia —como intérprete de la sensibilidad latinoamericana en el momento de comenzar a definirse

la identidad de nuestras naciones y nuestra integridad continental— reveló el proceso histórico de los países emancipados entonces del dominio colonial español y de sus dolorosas frustraciones. Martí, que tomó la antorcha de Bolívar y en el que hay mucho de herédico, no fue ciego a esa realidad y proclamó como insoslayable la pelea por la segunda independencia de «las repúblicas teóricas de América». En su ensayo programático «Nuestra América» trazó el camino seguro para alcanzar verdaderamente la soberanía y la libertad. Por ellas han luchado muchas generaciones latinoamericanas frente a las fuerzas poderosas del Norte que han impedido la realización de las aspiraciones de nuestros pueblos. Pero hay ejemplos concluyentes de las posibilidades ciertas: Cuba, Nicaragua... Y ya es tema de renovadas preocupaciones la plena integración de nuestra América.

Hemos dicho antes que el conflicto entre novela y realidad que Heredia se planteaba no era sólo un dilema personal. Creo que podría representar el conflicto de nuestras naciones, desde la independencia, oscilando trágicamente entre la dulce ficción —es decir, los sueños de redención social, los ideales de justicia y libertad— y la realidad brutal de sucesivos gobiernos tiránicos, dictaduras castrenses, oligarquías dominantes, regímenes neocolonialistas impuestos por el imperialismo norteamericano, caudillismo, balcanización, subdesarrollo...

Pero pudieran invertirse los adjetivos y decir que, desde la emancipación de la coyunda colonial hispana, la vida de nuestros países ha sido pura novela de horrores que debe terminar para que comience su realidad, una realidad espléndida que descansa en los principios e ideales de los libertadores, a los cuales cantó Heredia con tanta vehemencia. Esta es una cuestión que nos invita a meditar.

Meditemos, pues, en ello mientras volvemos a recordar a Heredia acudiendo de nuevo al lúcido juicio de Martí: «El primer poeta de América es Heredia. Sólo él ha puesto en sus versos la sublimidad, pompa y fuego de su naturaleza. El es volcánico como sus entrañas y sereno como sus alturas.»